

LA EXCUSA DE PADRE PEDRO

Padre ha llegado a casa. No ha pegado a Miguel. Yo me sentía mujer y sufría cuando padre peleaba. Miguel así y todo no cambiaba, procuraba fastidiar a padre, pero hoy estaba inmutable. Es uno de esos días... Miguel asomaba el hocico anegrado por la sombra que le ocultaba detrás del fogón de la esquina. Sus ojos blancos miraban a padre entre rencor, desprecio y burla.

Padre y Miguel jamás pudieron llevarse bien. Más de una vez había hecho las cosas para cabriarlo. Padre rabiaba como un perro cuando por la noche llegaba bañado en vino. Parecía sentir placer. Pasado el tiempo, cuando el poder de las manos y de la correa eran insuficientes, peleaban por miradas. Las relaciones sin embargo parecían ir declinando y padre llegó a decir en la mesa: —"tú eres el hombre de la casa". Miguel callaba. Una noche de Febrero nos despertamos por una gran bulla; madre gritaba y padre y Miguel peleaban. Padre quería matarlo a tiros con la escopeta de caza y Miguel a garrotazos con la tranca de la puerta. Al final entre los gritos de madre y de los pequeños y el asombro mío, Miguel gritó: —"me voy porque soy el hijo". Y padre: "y yo no me voy porque soy el padre". Miguel se fue y no ha vuelto. Durante mucho tiempo no se hablaba ni sabíamos nada de él. Mas tarde supimos que se había embarcado para Venezuela.

Hoy jueves, enamorando, Luis me ha vuelto a hablar de la hoguera encarnada de detrás de la montaña. Unos amigos le han contado cosas buenas del lugar; edificios grandes, gente extranjera, dinero, cosas... Luis sueña con el día en que pueda llegar hasta allá. P'a entonces estaremos casados y viviendo en la hoguera encarnada y no volveremos jamás acá.

Luis dice que padre quería matar a Miguel porque peleó con el amo. Dice que Miguel volverá al pueblo para matarlo. Según Luis el amo está asustado.

Padre y madre se levantaron temprano. Desde ayer el trajineo había empezado. Padre preparaba los aparejos para la vendimia y madre los avalorios para la comida. Cuando me ordenaron que me levantase ya se oían voces en el patio. Nos fuimos sin prisa a la finca. Pegamos la vendimia a las seis y a la hora del almuerzo teníamos la mitad cortada.

Entre toda la traquina de esta vendimia los ojos más gatos que nunca me han podido mirar. El amo no me quitaba sus ojos encarnizados y aguados de arriba. Hablaba con las mujeres y no dejaba de echar bromas de mis tetas y mis nalgas. Había dicho a mi padre: —"ya es toda una mujer" ... "con la gracias de Dios". Me dijo bromas y sonrisas cuando le acercaba las canastas. Las miradas. Las miradas me hacía cosquillas y me quemaban por dentro.

"Má; me asusta el señorito Gabriel". —"Qué va asustar?. —"Cómo mira". Me quedé callada. "Más de una vez lo he notado pero me hago la boba y no me lo he creído..." —"Qué se va asustar?"

Por la noche en el lagar, entre la sombra, una mano caliente como una brasa se aposó en mi teta y me apretaba. Sentí un suspirar. Yo arrimada en la pared, ni respiraba. La fuerza se menguó cuando la ronda de parrá pál frío. Cuando no sentí más calor, marché a donde mi madre y me acurruqué en ella.

—“Qué tiés?

—Ná

—“La boba”.

El amo miró rojo y le fuí a decir a madre pero me dio vergüenza y callé.

Después de aquella noche, como alguien hubiese hecho brujerías, las cosas se enrarecieron en mi casa. Un día y dos días, cada vez más. Ni padre, ni madre hablaban mucho. Siempre callar y seriedad. Un día, cansada, pregunté. “Problemas de fincas”, “nada”.

Sabía que Luis estaba en los matojos y fuí a verle. Me dijo que ya le estaban arreglando los papeles p’a la ciudá y que pá la semana que entra quizás se fuera. Me dijo que me fuera preparando p’a dentro de un año. Yo le conté lo de las seriedades en mi casa. Me dijo que en el pueblo se rumoreaba de que si el amo quería quitarles las fincas a padre. Andaba también tentada en contarle lo otro. Pensé que Luis era mi novio y un hombre. No se lo conté.

Cuando hoy llegué a la casa de comprar, me estaban esperando padre y madre en la cocina. Pregunté que si el amo estaba, por lo del caballo que estaba en la puerta. Me dijeron que no. “Tenemos que irnos. Quitate la ropa en el cuarto p’a que le piques de comer a los animales”. —“Voy, pá”. Entré en el cuarto, me desnudaba y oí un regüelo debajo de la cama. Allí estaba. Sobre mí se reía y se bababa. Desde entonces se acostaba a diario conmigo, sin que nadie se enterara. Luis se fue del pueblo y yo a poco tuve un crío del amo que lo puse como él.

A los pocos meses de nacer Vielitos, el pueblo nació en silencio. Mi hermano había vuelto a matar al amo. Yo fui a ver a Miguel. Le fui a decir que no es lo mismo una soltera con hijo sin padre y con querido que sin él, que al fin y al cabo, aunque no figurara, aquel era el padre y muy bien se portaba arreglado a lo pobres que éramos. “Y me dices eso a mí?”. Fue a casa a buscar al amo y no estaba. Chilló hasta gastar la voz, él sólo enfrente de la casa a la mitad de la calle. La gente arrejuntada detrás de las ventanas miraba. El amo no salió. A la una de la noche se oyó un tiro en el pueblo. La escopeta la disparó Miguel con un cartuchazo a la cabeza del amo. Cuando la mujer salió a la calle ya estaba muerto. Mi hermano desapareció de nuevo para no volver nunca más. De esta vez hubo un gran llanto en el pueblo.

Luis vino al pueblo hablando peninsular. Me dijo: —“qué hay”. Y yo: —“qué hay”. Tengo seis hijos más.

La Laguna. Oct. 1976

Domingo Hernández Álvarez